

“

**CUERPO
COMPUESTO
CUERPO
CURADO**

”

“Cuerpo compuesto, cuerpo curado”

Diálogos sobre la sobandaría y la soberanía del cuerpo

Daniela Rincón Rendón

Pontificia Universidad Javeriana

Carrera de Artes Visuales

Bogotá D.C.

2019

A Noemy,

No hay día en que no recuerde tus palabras, las abrazo.

Agradecimientos

En el rincón más entrañable de mis afectos quiero agradecer a mi familia, quienes creyeron y apoyaron en todo este camino; a mi legión de amigas, quienes me hicieron sentir siempre acompañada, gracias prestarme sus voces para parafrasearlas en esta historia; a Alejandro, por estar desde el comienzo hasta el último punto de este texto, por darme los mejores consejos; a mi amigo y asesor de este proyecto Ricardo Toledo, a quien debo su paciencia y el privilegio de compartir saberes conmigo; y, por último, a Sebastián por su presencia inspiradora y dejarme ver un poco de su mundo.

“Cuerpo compuesto, cuerpo curado” es en honor a mi abuela Noemy Rendon a quien le debo este nuevo despertar y esta nueva causa que desde hoy deseo encaminar, también a las abuelas y matronas que me encontré en el camino y me recordaron a ella sin ustedes esto no habría sido posible sin ellas.

CONTENIDO

Introducción	10
--------------------	----

I Des) Herencias Inmateriales

1.1. Ser heredera	13
1.2. Síntomas de una (des)herencia	17
1.3. Ancestrassanadoras-Mujermágica.....	22

II. Sobandería

2.1. Oficio y saber	31
2.2. La sala: Lugar de la sobandera	39
2.3. Primera lección: Contemplar	45

Planticas para la tristeza: Toronjil	45
--	----

III. Soberanías del cuerpo

3.1. Cuerpo compuesto.....	51
3.2. El cuidado de sí	53

Epílogo.....	58
--------------	----

Bibliografía.....	60
-------------------	----

Introducción.

Mi abuela fue sobandera de oficio. A ninguno de sus hijos le transmitió sus saberes, aquellos que ella sí recibió de madre y abuela. Por esta razón, que mucho tiene de ruptura generacional, a mí como nieta nunca llegó la práctica de la sobandería que hasta hace un tiempo hacía parte de la herencia inmaterial que el linaje femenino de mi familia salvaguardaba.

Estas páginas que aquí siguen son la consumación de un esfuerzo por comprender, y hacerle frente, a esa pérdida que cabe llamar *(des)herencia¹ inmaterial*: ese estado en el que se ven envueltas las generaciones despojadas de los saberes y oficios de sus antepasados. Busco, entonces, dar respuesta a mi propia *(des)herencia* en relación con el oficio de mi abuela. En el contexto de esta preocupación, las preguntas centrales en las que he indagado pueden formularse así: ¿cómo resistir ante la pérdida acelerada de formas de vida tradicionales? ¿Cómo hacerle frente a nuestra condición de huérfanos de los saberes de nuestros antepasados, a nuestra condición de *(des)herencia inmaterial*?

Reivindicar nuestras herencias inmateriales por medio del reconocimiento de las luchas de estos oficios femeninos y encaminar estos saberes hacia la construcción y soberanía de nuestros cuerpos. Tal es la respuesta que, en últimas, defenderé en el curso de este viaje.

Para dar cuenta de mi itinerario, encontré en el diálogo real con mi abuela la forma de recuperar el vínculo perdido, la forma de resistir ante la pérdida del saber, reconocer en la historia las luchas pasadas de mujeres en la sanación. Sentada junto a ella me reconecté con una cosmovisión del cuerpo que las mujeres de mi familia habían practicado por años, la de un cuerpo espacial y habitable a través del tacto. Estar tan cerca de los saberes que atañen al cuerpo y su sanación me generó una íntima necesidad de adentrarme en mi propio cuerpo a manera de introspección, para enfrentar y reconocer mis propias luchas; un cuerpo dolido que no sabía cómo curarse, un cuerpo desorientado que habita y recorre un mundo que siente que no le pertenece. Al darme cuenta de mi propia vulnerabilidad, comencé un camino de autocuidado en comunión con otras mujeres en experiencias similares.

1 (Des)herencia: la razón por la que pongo el prefijo entre paréntesis dentro del concepto alude a la dualidad del mismo, a la existencia de una herencia que se pone en duda y que al mismo tiempo no deja de estar presente dentro de nuestras formas de vida. Al encontrarse el lector con este concepto de *(des)herencia* podrá leerlo como un solo término u omitiendo el contenido en los paréntesis.

Al reflexionar, entre otras cosas, sobre mi relación con el pasado de mi familia, el lector no se sorprenderá de que haya optado por presentar el siguiente texto como una narración extendida en forma de diálogo en el que intervienen las voces de mi abuela, la mía y las de mujeres que me han guiado en los últimos meses. Así, el diálogo será el rito que me permitirá ese reconocimiento con las mujeres de donde provengo, haciendo una reflexión sobre el papel del conocimiento de la sobandería en la construcción de mi identidad y la de mi familia. Se trata, por supuesto, de diálogos ficticios que no dejaron de sustentarse en conversaciones reales con quienes inspiraron los personajes que atraviesan esta historia.

Este viaje está fijado en tres importantes momentos. Cada uno de ellos es un tomo. El primero, llamado '(Des)herencias Inmateriales', sucede en el año 2017 y tiene por objeto la introducción del problema fundamental que me ocupa. Allí doy cuenta, a partir del encuentro con mi abuela, de una brecha generacional y de cómo el papel de una heredera puede rehabilitar significativamente el oficio de la sobandería. El segundo tomo lleva por nombre 'Sobandería' y hace un salto al año 2018, donde desarrollo las primeras lecciones del oficio para habitar el territorio de una mujer mágica y ser parte de sus saberes. El último, 'Soberanías del Cuerpo', hará énfasis en la exploración de un presente sin mi abuela en el que, no obstante, desarrollo la idea del cuidado del cuerpo junto a otras voces femeninas de mi generación.

Espero convencer al lector de la importancia de reconstruir vínculos familiares, comunitarios y de sororidad, que unan en la misma situación territorial a dos o más cuerpos femeninos que tiendan entre sí el puente de la palabra viva.

Palabras clave: (des)herencia inmaterial, ancestras sanadoras, oficio, saberes, sobandería, cuerpo compuesto, soberanías del cuerpo.



I. (DES)HERENCIAS INMATERIALES



1.1 Ser heredera

Quién iba a pensar que el dolor iba a ser la excusa que encauzaría este viaje.

El camino se remonta a un domingo, a finales del mes de marzo. Me quedaría alrededor de diez días en Medellín y aprovecharía mi corta instancia para visitar a mi abuela Noemy. Allí, le pediría que me revisara la rodilla ya que llevaba unos días cojeando, y ella sabría qué hacer: sobandera de oficio.

Aún conservo vagos recuerdos de cuando vivía en Medellín, la vi en su labor un par de veces. En ese entonces sentía que era mágica la forma en que aplicaba en sus manos una especie de ungüento, para luego frotar sobre otro cuerpo y así ese cuerpo enfermo saldría de aquella casa como si nada, curado. Se pasaron los años y mis vistas a Medellín se redujeron en Días de la Madre y alguno que otro Año Nuevo. Aun sigo pensando que es mágica, pero me estremecía la idea de ser sobada, nunca lo necesité y ya me habían advertido varias veces (sobre todo mi mamá) que la Mita² era mano dura.

Cuando finalmente llegué, la casa seguía siendo la misma. Permanecían las baldosas rojas con amarillo, el mismo reloj de péndulo en el comedor, los mismos arbustos de toronjil en el patio. Entonces, me senté en la misma silla de hace tantos años, ella estaba sentada al borde de su silla isabelina, con su cobija hasta los pies. Al principio nos oímos respirar, pude sentir el silencio de la casa. Después de contarle cuánto duraría mi viaje, lo primero que se me ocurrió fue armar varios árboles genealógicos junto a ella: hermanas, tíos, padres, abuelas, bisabuelos... Algo interminable. Así, mientras íbamos construyendo y hurgando en nuestras memorias, salió el tema.

2 Mita: por lo general, el nombre que llevan las abuelas en Medellín.

Ela. – Mita, llevo varias semanas con una molestia en la rodilla. La verdad no sé muy bien qué la ocasionó, me incomoda cuando estoy en una misma posición por mucho tiempo. Y al caminar siento que traquetea³.

Noem. – No, querida bendita, ¿vos por qué no me decís antes? A ver, mostráme. ¿Y qué te has hecho? Lo digo porque tenés la piel bien irritada.

Ela. – No mucho, Mita. Me hice ayer compresas con agua caliente y fría antes de viajar.

Noemy. – Ve, qué tan raro. Esperáme traigo la pomaíta⁴. –Casi que no la encontró, estaba dentro de ese reblujo⁵–. A ver, pues, cómo está esa rodilla. ¿Le duele mucho si presiono acá?

Ela. – Ahora no me está doliendo tanto, el dolor comienza cuando camino. Mita, cambiando de tema, ¿hace cuánto que lleva la sobandería en la herencia de la familia?

Noe. – Mija, pues eso lleva mucho, pero lo poco que me tocó ver, si mal no recuerdo, fue ver a la abuela enseñándole a mí amá componer a los del barrio.

Ela. – ¿Entonces eso te convierte en la última heredera de la sobandería?

Noe. – Oíste, yo no había pensado en eso. Pero pues sí.

Ela. – Qué fuerte, no lo sabía. Yo pensaba que alguno de mis doce tíos habría continuado con el oficio y sabría algo sobre sobar. Igual pienso que *ser heredera* de algo así debe conllevar mucha responsabilidad. ¿No crees? Siento que lo queramos o no, somos herederos de más de una palabra, de más de un rasgo. La herencia nos precede y nos elige antes de que nosotros podamos elegirla. Es una idea muy bella, algo así como una clase de patrón caprichoso que se inscribe en la piel y que atestigua ese vínculo posible con nuestros antepasados. Así es como la sobandería y sus saberes se convierten en esta marca familiar que posibilita esos regresos con aquello que nos enraíza. Esos saberes vendrían siendo una herencia inmaterial.

Noe. – Porque nuestros tiempos han cambiado, querida, yo que crié a doce, pero ninguno mostró interés por mis saberes. ¿Herencia inmaterial?

3 Traquetea: sonido que a veces hacen los huesos.

4 Pomaita: así le decía al Vacol o crema que usaba para sobar.

5 Reblujo: Desorden, montón de trebejos y cosas viejas.

Ela. – Sí, los tiempos y los significados ya no son los mismos. A diferencia de esos legados materiales, las herencias inmateriales, por lo contrario, se constituyen por un tejido simbólico que nos envuelve y nos conecta de otras maneras con nuestros antepasados y antepasadas, pues nos fueron otorgados para ser parte de un ciclo reproductivo de saberes. Estas trasferencias toman forma de prácticas culturales, memorias colectivas, saberes locales, oficios ancestrales y otros valores que atañen a la vida en comunidad. Eran vitales las transmisiones de estas cosmovisiones entre generaciones, ya que eran la forma en la que los pueblos mantenían su identidad, valores y saberes que daban sentido a su existir, al habitar y al reconocer sus cuerpos y espacios.

Como *heredera*, siento que estos legados nos desafían a todos al llevar a cabo un trabajo de interpretación muchas veces bajo contextos lejanos a los originarios. Por eso, quizás, mis tíos no continuaron con tu oficio, porque la gran mayoría de las veces esto conlleva al riesgo inminente de que transformemos lo importante. Esa transformación se trata, Mita, de un riesgo inevitable desde el momento en que entramos en contacto con la opacidad de toda herencia, es decir, con el hecho de que no sabemos su origen ni cómo llegó a nosotros. En mi caso, hasta el día de hoy supe que el oficio no comenzó contigo sino con tu madre y con la madre de tu madre y quién sabe qué más.

Noe. – Eh Ave María, es que si te contara. Mi amá me enseñó a mí pues facilito, no di lidia. Oíste, es que ninguno, doce y ninguno pintado. Allá ellos. Eso de sobar no es fácil, yo intenté enseñar, pero como mi amá alguna vez sí me dijo: “vos creés que eso es de la noche a la mañana, ¡pues no! Se nace con eso, se muere con eso”.

Ela – Quizás estoy en (des)herencia. ¿Qué hace que solo nos queden vestigios y memorias perdidas de un legado que no se otorgó? ¿Qué hace que nos veamos sin esos tejidos simbólicos? ¿Por qué los abuelos dejaron de enseñar?

Noe. – Querida, las cosas se pierden porque uno quiere. Creo que no es tanto que se deje de enseñar, más bien, que no se quiere aprender. Vení más bien, paremos aquí que se nos hizo tarde, ya dejemos esa rodilla así. Eso mañana intenta no caminar mucho y verá la mejora.

Ela. – Listo Mita, creo que hoy pasaré la noche acá.

El reencuentro con mi abuela materna después de tantos años fue un abrir de ojos, toparme con un vacío enorme entre nosotras, una brecha generacional que nunca salté hasta el momento de visitarla. Esta brecha se hace más evidente contemplando el ritmo acelerado en el que habito la ciudad, donde el diálogo se ha hecho cada vez más escaso entre las generaciones, distanciándonos de nuestros antepasados e imposibilitando este ciclo de transferencias naturales.

En parte, estos vacíos se deben a factores como la globalización y la homogenización cultural que sobrellevamos desde el habitar en la ciudad, un modelo consumista que nos ha ido sofocando y que ha puesto en riesgo la permanencia de estos vínculos con nuestras abuelas y la resistencia de sus oficios y saberes. De esta forma, me veo en esta (des)herencia inmaterial con el oficio de la sobandería. Un sentir que no es solo mío, sino de una generación donde los saberes de nuestros abuelos no cobraron para nosotros, como herederos, el sentido que tenían, dejándonos perdidos. Al final del día me quedé pensando en lo que le alcancé a contar a mi abuela sobre la (des)herencia inmaterial, no podía esperar a volver a sentarme con ella para profundizar en como ella entiende el hecho de que a mí, como nieta, no me llegó su saber.

1,2. Síntomas de la (des)herencia

Noe. – Buenos días querida, ¿cómo amanece? ¿Sí se le pasó la maluquera⁶ de la rodilla?

Ela. – Buenos días Mita. Sí señora, hoy la veo como menos inflada.

Noe. – Ah pero qué bueno. ¿Qué le provoca? Ahí en la mesa tengo parvita⁷ pa que desayunemos con cafecito.

Ela. – Está rico, gracias Mita. No sé si recuerdas que ayer estábamos hablando de las (des) herencias inmateriales, de aquellos legados que no se otorgaron. Creo que para explicarlo mejor se puede entender como una especie de malestar de las nuevas generaciones. Estos malestares suponen síntomas, al igual que mi rodilla hinchada y resentida. Mira que en algún momento me encontré con un texto de un alemán llamado Walter Benjamin que sitúa estos mismos malestares, pero por allá en 1933. Era una generación entreguerras que se encontraría indefensa ante la presencia de enormes cambios y decía algo como: “Una generación que había ido a la escuela en tranvía tirado por caballos, se encontró indefensa en un paisaje en el que todo menos las nubes habían cambiado...” (Benjamin, 1933, 2).

Noe. – Estas generaciones están como la mula que anda el diablo⁸. ¿Y vos no creés que eso se deba al avance tan horroroso y rápido de todo? En algún punto la gente se va alejando de sus raíces para ir en búsqueda de eso. ¿No creés?

6 Maluquera: Desvanecimiento, con o sin pérdida del sentido. Indisposición de una persona.

7 Parva: Todo lo que provenga de una panadería (pan, galleta, biscocho).

8 La mula que anda el diablo: Dicho favorito de mi abuela, hacia sus nietos, por lo general tercos y de carácter fuerte.

Ela. – Mita, pues Benjamin así retrataba a su generación en *Experiencia y pobreza* (1993). Una generación perdida por el desarrollo y el progreso, acciones que se antepondrían sobre valores pasados y cobrarían un sentido destructivo, dejándola muda de experiencias incommunicables a sus herederos. La noción de experiencia para Benjamin, más allá de cualquier vivencia o encuentro con el mundo, cobra forma a partir de la transmisión oral: en un momento tan simple pero poderoso como el que compartimos justo ahora, una abuela y su nieta hablando sobre la sobandería. Esta experiencia, este diálogo, lo comprende no solo como “adquirir algo”, sino como el intercambio vital capaz de mantener el ciclo de reproducción de conocimientos de una comunidad, de una Wfamilia. La falta de estas transmisiones afecta en gran medida al origen de las cosas, generando pérdidas de cosmovisiones, pensamientos, mecanismos de supervivencia y significaciones del territorio. En efecto, la experiencia comprende la totalidad de sucesos capaces de entablar diálogos entre generaciones.

Mira, te leeré:

Sabíamos muy bien lo que era experiencia: los mayores se la habían pasado siempre a los más jóvenes. En términos breves, con la autoridad de la edad, en proverbios; prolijamente, con locuacidad, en historias; a veces como una narración de países extraños, junto a la chimenea, ante hijos y nietos. ¿Pero dónde ha quedado todo eso? ¿Quién encuentra hoy gentes capaces de narrar como es debido? ¿Acaso dicen hoy las moribundas palabras perdurables que se transmiten como un anillo de generación a generación? ¿A quién le sirve hoy de ayuda un proverbio? (Benjamin 1993, 1).

Noe. – ¿Y qué era entonces esa pobreza experiencial?

Ela. – Básicamente era la ausencia de estos diálogos y otras prácticas, ausencias que para Benjamin representaron el alma de una generación pobre de experiencias, y no se refería a la simple carencia de bienes, por lo contrario, sostenía que la sofocante riqueza de ideas y nuevas técnicas a las que estaban sometidos los hacían cada día más pobres. La pobreza experiencial era la imposibilidad para la siguiente generación de reconocer o dar sentido a los legados como creencias, cosmovisiones, costumbres y otros valores, en especial las tradiciones orales y sus diferentes prácticas. Los herederos, entonces, dejaron de entender las experiencias por desajustes fundamentales en sus contextos, perdiendo la capacidad vital de articulación con el mundo, dejando de ver en el encanto de sus bagajes pasados una forma de orientar y dar sentido a sus realidades.

Noe. – Oíste, pues prácticamente lo mismo. Muchos han sido los oficios que han desaparecido porque ya no tienen valor para nuestros hijos y menos para nuestros nietos.

Ela. – Si, Benjamin decía:

Hemos ido entregando una porción tras otra de la herencia de la humanidad, con frecuencia teniendo que dejarla en la casa de empeño por cien veces menos de su valor para que nos adelanten la pequeña moneda de lo actual (Benjamin 1993, 5).

Noe. – Vea pues. El nieto desarraigado se pierde asimismo.

Ela. – Algo así siento, muchas veces me siento alienada, más cuando reconozco esa parte de (des)herencia en mí. ¿Por qué se repiten estos malestares en distintos contextos? ¿Podría la pobreza de experiencias en Benjamin tratarse de la misma falta de transmisiones que vivimos ahora? Quizá sí puede tratarse de un sentimiento compartido como respuesta a un contexto que se ha ido homogeneizando culturalmente, una maldición que se repite para cada tiempo, proceso en el cual se pierde el sentido de lo local y tradicional, transformando a su paso las pequeñas cosas que constituyen las identidades colectivas. En consecuencia, dejamos a un lado los vínculos con nuestros antepasados, de los que podríamos hacer parte con el simple diálogo. Como el que estamos teniendo tu y yo ahora.

Noe. – Tranquila y serena, hija, no te preocupes por nada, vos te morís y ellos siguen vivos⁹.

De más que pa tanto malestar debe haber un remedio. Para todo hay un remedio.

9 Vos te moris y ellos siguen vivos: Lo decía para dejarlo a uno tranquilo y no prestarles mucha atención a los problemas de la vida.

Ela. – Estos síntomas están por todas partes. Por ejemplo, ya en 1994, Charles Taylor, un filósofo canadiense, en sus investigaciones comprende los modos de ser, la construcción de la identidad y las configuraciones del sujeto en medio de las transformaciones históricas de la modernidad. Sugiere que la sociedad orientó su existencia hacia un ideal equivocado, ideal que transformaría las construcciones individuales y sociales. Él decía:

Entiendo por tales [formas del malestar de la modernidad] aquellos rasgos de nuestra cultura y nuestra sociedad contemporáneas que la gente experimenta como pérdida o declive, aun a medida que se “desarrolla” nuestra civilización

(Taylor1994,38).

Para desarrollar su teoría, parte de las fuentes de preocupación por las que atraviesa el declive de la sociedad y las denomina *Tres formas de malestar*: el individualismo, la racionalidad instrumental y la pérdida de libertad en la vida política.

Me parece pertinente, Mita, rescatar, de los malestares que Taylor identifica, una reflexión acerca de la pérdida de sentido sobre el mundo moderno y lo que nos rodea, en donde se ponen primero los beneficios individualistas: la sociedad solamente tiene valor instrumental, como medio para una mentalidad puramente productiva. Ese individualismo se tornó en la búsqueda del beneficio personal en contravía de la vida en comunidad, en contravía de la armonía con la naturaleza, provocando desprendimientos con ordenamientos del pasado. Por aquí tengo una cita:

Esos órdenes daban sentido al mundo y a las actividades de la vida social. Las cosas que nos rodean no eran tan sólo materias primas o instrumentos potenciales para nuestros proyectos, sino que tenían el significado que les otorgaba su lugar en la cadena del ser [...] Al descrédito de esos órdenes se le ha denominado Desencantamiento del mundo. Con ello, las cosas perdieron parte de su magia

(Taylor1994, 38).

Noe. – Ahí sí me perdí. ¿Cómo sobar podría tener sentido para otros?

Ela. – Pues cuando Taylor habla de un desencantamiento, se refiere a la pérdida de sentido del mundo. Y como ya lo dijimos, “tener sentido” significa, tanto para Taylor como para Benjamin, disponer de una dirección. Por lo tanto, hay que comprender el “yo” no como un individuo

aislado, sino también en la mirada a “lo otro”, a esos interlocutores que orientan nuestras formas de vida. Por esto, sin mi abuela como interlocutora, me siento alienada, aislada de sus prácticas y de lo que pudieron representar para mí vida. Donde hasta el acto más cotidiano, como este desayuno que me estoy comiendo ahora, una simple caminata, curarme una cortada, cosas tan indispensables como respirar, pudieron haber cobrado en mí, desde tu oficio, diferentes sentidos para la propia existencia, la de mi cuerpo, la de los otros y la del mundo que habito.

Noe. – Cada uno pensando en lo suyo, ya se ha perdido el cuidado por los demás. Nadie sabe lo que tiene...

Ela. – Hasta que lo pierde. Sí Mita, eso me parece muy fuerte. Taylor menciona el uso del razonamiento ligado a los beneficios individualistas. La razón ya no haría parte del bien común, y mucho menos se preocuparía por cuidar su entorno. Será, entonces, una razón instrumental, donde el individuo cubre sus propios intereses, otorgando valor solo a lo que le sirve. En este orden de ideas, el desarrollo busca en las nuevas técnicas y tecnologías la forma de producir artefactos que faciliten la vida, pero que al mismo tiempo representarán una pérdida con los vínculos del pasado por la idea de un progreso inmediato:

Hay personas que consideran el advenimiento de la sociedad tecnológica como una suerte de declive sin paliativos. Hemos perdido el contacto con la tierra y sus ritmos que nuestros antepasados sí tenían. Hemos perdido el contacto con nosotros mismos y nuestro propio ser natural, y nos vemos impulsados por un imperativo de dominación que nos condena a una incesante batalla contra la naturaleza tanto dentro de nosotros como a nuestro alrededor (Taylor 1994, 121).

Noe. – El contacto con cada una de esas cosas es muy importante, querida, la tierra y nuestro cuerpo son las únicas verdades que tenemos que unir. Por eso debemos pensar cómo aplicar una en la otra. Entonces, ¿la pobreza experiencial es para Benjamin lo que para Taylor será el desencantamiento del mundo?

Ela. – Son malestares hacia una modernidad muy similares Mita, síntomas que ha dejado a su paso la (des)herencia inmaterial, que a diario genera conflictos internos en los seres, como el inevitable sentimiento de desarraigo, la apatía con la que caminamos, el sentirse desprendido de las visiones que orientaban nuestra existencia y hasta la alienación con nuestros cuerpos entre los escenarios más cotidianos.

Noe. – Oíste querida, ¿ya terminaste con el cafecito?

Ela. – Sí Mita, ahora dormiré un rato.

1.3. Ancestras sanadoras, mujeres mágicas.

Noe. – ¡Oíste, cuidadito no duerme!

Ela. – ¿Cuántas horas dormí?

Noe. – Bendita, ya esta tarde, son como las seis. Vos como que sos buena pa pegar ojo, ¿cierto? ¿Cómo seguís de esa rodilla? Se me olvidó preguntarle esta mañana.

Ela. – Estaba muy cansada, anoche no dormí muy bien, ya la rodilla está perfecta. ¡Sanita! A todas estas, Mita, yo nunca llegué a hablar con mi mamá sobre la sanación en la familia, bueno, yo tampoco es que le haya preguntado mucho.

Noe. – ¿Qué querés saber?

Ela. – Pues, ya por encima me contaste que aprendiste de mi bisabuela Melina, y que ella aprendió de su madre (nombre de mi tatarabuela). ¿Entonces este conocimiento vendría siendo un legado femenino dentro de la familia?

Noe. – Ave María por Dios Bendito, yo memoria tengo, pero no tanta. Como recuerdo, mi abuela enseñó a mi amá sobre plantas porque teníamos un solar gigante lleno de hierbas y flores.

Ela. –A veces no sé cómo decirlo, es raro, este sentirse ajeno a algo tan significativo para ti y las sobanderas de la familia. ¿Ya es demasiado tarde para mí?

Noe. – Eso de enseñar no es así de fácil, ¿vos creés que eso es de la noche a la mañana? Las manos tienen que ir aprendiendo con el tiempo. Eso me decía mi amá.

Ela. –Y si mi bisabuela fue quien te enseñó, ¿no podrías enseñar de la misma forma en que aprendiste de ella?

Noe. –Yo aprendí estando al pie y mirando lo que hacía a mí amá, hasta la acompañaba a las casas de las personas a las que iba a sobar. También recuerdo mucho que cuando ella llegaba a casa, toda molida¹⁰, yo le masajaba los pies y ella me iba dando ideas de los movimientos que tenía que hacer, que tenía que acomodar. Mija eso ahora es muy difícil, los tiempos han cambiado, ya la gente no se preocupa por aprender estas cosas.

Ela. – Sí, me imagino que tampoco es algo que se adquiere tan fácil, también es una sensibilidad que ya viene en las manos. Y, como todo oficio, se necesita de muchísima experiencia. ¿Y mi bisabuela Melina a quién le aprendió?

Noe. – A Sofía, su madre. También siempre fue así. La mamita Sofía en ese entonces usaba mucho las planticas y hacía aceites para sobar con ellas porque antes no se vendían las pomadas. Antes de eso no sé quién le enseñó a ella. Y también, creo, practicaba con muchas vecinas. Mi madre y mi abuela eran de Jericó¹¹ como yo, un pueblito no muy lejos de aquí y allá se veía mucho eso.

10 *Molida: Estar muy cansada.*

11 Jericó: A un poco más de dos horas y media de Medellín, y ubicado exactamente



Esa tarde, al hilar junto a mi abuela un camino introspectivo por mis ancestras sanadoras, me di cuenta de que este linaje de conocimientos habría ya pasado por tres generaciones y quién sabe por cuantas más, entendiendo el linaje como los rasgos que me conectan directamente a las formas de vida de mi pasado. En mi caso, el rasgo del cual me siento en (des)herencia es el saber del cuidado sobre el cuerpo, que es posible desde la cosmovisión de la sobandería, aplicada con las manos como herramienta y acompañada de saberes medicinales que las plantas llegaron a brindar. Este linaje femenino estaba trazado por un vínculo de conocimientos y poderes curativos en contra de aquellos males que acechan a nuestros cuerpos vulnerables. Y así, la sobandería fue el oficio que hiló estas relaciones madre-hija durante tres generaciones, mujeres mágicas que en una suerte de rito dejaban toda una nueva cosmovisión sobre el cuerpo a sus sucesoras. Con el tiempo, este oficio fue desapareciendo dentro de mi familia, dejando a mi abuela materna Noemy como la última heredera.

Noe. – ¡Eh, Ave María, qué frío! tóqueme los pies que no le miento, fríos, helados como muerto.

Ela. – ¡Fríos helados! Espérame cierro la puerta del cuarto. Mita, entonces antes se veía mucho eso. ¿Ahora no?

Noe. – Pues, ya son menos las mujeres sobanderas por aquí. En Manrique¹² creo que solo soy yo.

Ela. – Entonces es casi un hecho irrefutable que cientos de oficios se ven hoy en día amenazados por la desaparición y las mujeres que llamé de pequeña mágicas no se salvan: curanderas, parteras, sobanderas, yerbateras... Custodias de saberes ancestrales femeninos ¿Se nos han ido perdiendo las Mujeres Mágicas?

Noe. – Pues, qué te digo. Ya somos poquitas, porque dedicarse a esto en este momento no da. Yo vivo de una pensión y de lo que me dan cuando los sobo. ¿Vos creés que ahora, teniendo tanto médico, las personas nos van a preferir a nosotras?

Ela. – Yo me imagino que esto viene de hace tiempos. Las mujeres en la historia de la sanación no la han tenido fácil, han curado durante mucho tiempo entre la sumisión y la resistencia de sus prácticas. ¿Cuánto llevas sobando aquí?

Noe. – Ay querida, si te contara. En esta casa yo creo que ya voy a ajustar los cincuenta años sobando.

Ela. – ¿Y cómo la gente reconoce esta casa, cómo saben que eres sobandera y llegan aquí?

Noe. – Eso siempre han llegado aquí de boca en boca. Saben porque llevo sobando en esta casa toda una vida. Además, no veo la necesidad de poner letreros, vos te imaginás, qué miedo. ¿Para llamar problemas? Hay mucha gente que no está de acuerdo con lo que uno hace, qué pereza que me descubran y lleguen a decirme cómo es que tengo que hacer las cosas o que estoy haciendo las cosas mal.

Ela. – ¿Eso harán todas las mujeres mágicas?

12 Manrique: Ubicado al extremo nororiental La Comuna número 3 de las 16 de ciudad de Medellín. La casa de la Mita está en Manrique Oriental uno de los 16 barrios de Manrique. A tan solo unas cuadras del parque Gaitán, donde he probado quizás la mejor arepa de chocho. La Mita ha vivido en este barrio por más de 50 años.

Noe. – ¡De más!

Ela. – Cuando hablas de ser descubierta, me hace pensar que las mujeres mágicas en la historia de la sanación han trabajado con terror, gracias a un conocimiento congregado que las ha sometido. Es como si al pasar el tiempo la idea se incrustara en el “inconsciente colectivo”¹³, y vemos que ahora se reproduce como un eco que se manifiesta a través de los arquetipos que pasan de una generación a otra. Mita, los arquetipos que ha ganado la mujer en la historia han sido muchísimos, pero el que más se vincula al campo de la sanación es el de Bruja. Estos arquetipos han creado que, hasta el día de hoy, sin argumento, muchos se llenen la boca con juicios negativos sobre los poderes curativos de los oficios practicados ahora. ¿Acaso esta es la consecuencia de que prácticas como la sobandería tengan el día de hoy que ser oficios clandestinos para que resistan?

Noe. – Bruja sí me han dicho, pero eso hay que dejarlos y no pararles bola.

Ela. – Espera, aquí tengo varios libros que estoy ojeando sobre este tema. Mira, aquí dice:

Las mujeres siempre han sido sanadoras. Ellas fueron las primeras médicas y anatomistas de la historia occidental. Sabían procurar abortos y actuaban como enfermeras y consejeras. Las mujeres fueron las primeras farmacólogas con sus cultivos de hierbas medicinales, los secretos de cuyo uso se transmitían de unas a otras. Y fueron también parteras que iban de casa en casa y de pueblo en pueblo. Durante siglos las mujeres fueron médicas sin título; excluidas de los libros y la ciencia oficial, aprendían unas de otras y se transmitían sus experiencias entre vecinas o de madre a hija. La gente del pueblo las llamaba “mujeres sabias”, aunque para las autoridades eran brujas o charlatanas. La medicina forma parte de nuestra herencia de mujeres, pertenece a nuestra historia, es nuestro legado ancestral (Ehrenreich y English 1973, 4).

13 El inconsciente colectivo es algo innato viene con uno desde el nacimiento y no se puede adquirir de ninguna otra forma: una especie de biblioteca universal de sabiduría a la que todos tenemos acceso gracias a la memoria colectiva.

¿Son muy fuertes estas palabras no? Estas son las primeras palabras con las que abre *Brujas, Parteras y Enfermeras: Una historia de sanadoras* (1973), ensayo escrito por Barbara Ehrenreich y la periodista Deirdre English. En el libro, las autoras hacen un recorrido enfocado en la manera en que se han tratado los arquetipos negativos hacia la mujer, sobre todo desde la sanación. La aparición de estas representaciones se dio en el momento en que fueron excluidas del arte de curar por una hegemonía del conocimiento centralizado. Así es como a las mujeres mágicas, las curanderas, las yerbateras, las matronas, las parteras, las sobanderas, se les llamó brujas. Se les arrebató el poder sanador para posteriormente ser sometidas, controladas, bajo el rigor de un poder cuya autoridad ya no volvieron a tener.

Las autoras parafrasean a Tomas Szasz para dar cuenta del desplazamiento de los saberes tradicionales diciendo algo como que “la inquisición constituye, entre otras cosas, uno de los primeros ejemplos de cómo se produjo un desplazamiento de las prácticas artesanales por los profesionales” (Ehrenreich y English 1973, 41).

Este sentimiento de esconderse es algo que claramente lo vivieron las mujeres mágicas del pasado, claro, bajo contextos totalmente alejados, pero con la misma sensación del terror a ser descubiertas, ya que existe un miedo a la censura, a ser represaliada. Aunque el diálogo entre mujeres fue la principal herramienta para pasarse sus prácticas, siempre ejercieron bajo las sombras. El constante condicionamiento sobre el sistema de saberes y poderes femeninos hace que estos se mantengan ocultos y, a la vez, a salvo de la ortodoxia médica patriarcal.

Noe. — Oíste, entonces las cosas no han cambiado mucho. Parece como si la confianza en la sabiduría femenina pendiera constantemente de un hilo, una cuerda floja por la cual han pasado las mujeres de todas las épocas. Ya casi nadie cree en lo que hacemos.

Ela. — Por eso pienso que son muy poderosas estas palabras, porque es importante reconocer cómo estos oficios y saberes han superado supersticiones, ataques, cacerías, torturas y genocidios. Y aun siguen resistiendo.

Mita, mira este libro, se llama *Caliban y la bruja*, escrito por Silvia Federici en el 2004. Lo primero que me llamó la atención fue la portada hecha por Hans Baldung en 1510. Este artista renacentista, de origen alemán, da por nombre a esta pieza “Aquelarre”. Creo que esta portada es un claro retrato de los arquetipos dañinos hacia la mujer sanadora, no solo desde su oficio sino desde su cuerpo.

Noe. — A ver yo me pongo las gafas. ¿y que es todo esto querida?



Ela. – Mira, distorsionaba sus cuerpos para mostrar esa visión estereotipada de una mujer demonizada, frenética, voladora, amiga de los animales nocturnos y dueña de la noche. Este tipo de imagen solo tenía un propósito: producir terror ante el pueblo. Así fueron condenadas con facilidad, sometidas y perseguidas tan solo por el hecho de llevar un cuerpo femenino. Un cuerpo desconocido.

Ya dentro del libro, Silvia Federici se posiciona sobre estos estereotipos como una estrategia, y dice:

También en el Nuevo Mundo, la caza de brujas constituyó una estrategia deliberada, utilizada por las autoridades con el objetivo de infundir terror, destruir la resistencia colectiva, silenciar a comunidades enteras y enfrentar a sus miembros entre sí. También fue una estrategia de acercamiento que, según el contexto, podía consistir en cercamientos de tierra, de cuerpos o relaciones sociales. Al igual que en Europa, la caza de brujas fue, sobre todo, un medio de deshumanización y, como tal, la forma paradigmática de represión que servía para justificar la esclavitud y el genocidio (Federici 2004, 289).

Noe. – Pues eso sigue latente. Pocas son las mujeres mágicas que persisten. Si vos te fijás, estos oficios han ido perdiendo fuerza porque luchamos ante un conocimiento validado que deslegitima muchas de nuestras prácticas. Por eso el miedo a ser descubiertas, porque ante una institución, muchas de las cosas que yo hago aquí no son correctas.

Ela. – Pienso que es muy importante reconocer toda esta lucha milenaria del saber ancestral femenino, reconocer su historia y reivindicarla en el presente. Pienso que es una de las tantas formas en que los feminismos pueden retomar estas luchas. El pasado nos hace ver que las mujeres configuran resistencia, insistencia, la denuncia de un conocimiento distinto que incluye, que transgrede y cuestiona ese manto objetivador científico. Ahora dependerá de nosotras aplicar estos saberes a nuestra condición de (des)herencia como una fuerza liberadora de nuestros cuerpos.

Noe. – Si vos querés, la próxima vez que vengás intento enseñarte un poco.

Ela. – Mita, eso me encantaría.

II. SOBANDERÍA

2.1 Oficio y saber

Eran los primeros días de septiembre y ya había pasado más de uno año desde la última vez que la vi, a la matrona de pelo blanco, a la de voz profunda por el tabaco y ceño fruncido, a mi abuela. Esta vez retorné por esa última promesa que quedó en el aire, la de aprender tanto como pudiera de su oficio. Su casa seguía siendo esa misma extensión de baldosas rojas con amarillo. Esta vez me encontré con más variedad de plantas por toda la casa, como si fuera selva. Esperaba en esos pocos días adentrarme en esa densa y espesa selva para tomar mis primeras lecciones.

Al llegar, lo primero fue un abrazo. De esos abrazos que la Mita siempre da cuando alguien entra por su puerta.

Noemy. – Oíste, ya te iba a marcar. ¿Qué más, querida?

Ela. – Casi que no llego, me toco subir desde la estación.

Noe. – Ay querida bendita, ¿pero cómo hiciste pa subir esa falda¹⁴ con esa maleta?

Ela. – Con mañita. ¿Cómo has estado?

Noe. – Ahí andando. Pues por acá lo más de amañador. Pero vení, comete algoito que debiste llegar con mucha hambre.

Ela. – No Mita, estoy bien, comí antes de venir. De pronto más tarde.

Noe. – Sentate entonces que debes estar cansada. Desempaca, yo mientras voy haciendo una agüita de toronjil para que charlemos un ratico.

Ela. – Yo también quiero una. Cuéntame todo, ¿cómo va el oficio?

Noe. – Estos meses han sido berracos, muy poquitas personas para sobar. Ya la gente se va olvidando de una. Si te contara, ayer que sobé me llegó un señor de unos cincuenta años y el hombre salía de un accidente y estaba yendo a terapias para recuperar la movilidad de sus manos. Me dice con tristeza que siente que no ha avanzado y que llegó a mí porque su suegra lo recomendó. Y sí hay cosas que pienso que la medicina no pueda curar, Avemaría, el cuerpo es como un almacén no solo de cicatrices físicas; el cuerpo tiene memoria y guarda los males del alma. Este hombre tenía una pena muy fuerte, su esposa había muerto hace poco y tenía toda esta carga en sus manos que no podía ni mover. Eso me hace sentir que lo que hago tiene sentido para algunos, que prefieren buscarme y no quedarse solo con la opinión de un médico. No es lo mismo la profesión que el oficio.

Ela. – Pobre señor, espero lo hayas podido ayudar. Mita, creo que esas distinciones hay que hacerlas y enfatizarlas porque en ellas existen consecuencias políticas, históricas y hasta económicas, una sobre otra. Aunque también pienso que estas mismas distinciones lingüísticas hacen que tengan significados o sentidos diferentes para la persona enferma, y por esto sea para él o ella más valioso acudir a ti.

14 Falda: hace referencia a terreno inclinado, una superficie montañosa.

De hecho, hace poco leí un texto que se llama *Investigaciones Filosóficas* (1999), escrito por un filósofo austriaco llamado Ludwig Wittgenstein. Él plantea cruces entre nociones como juegos del lenguaje y forma de vida, entendida la forma de vida como el conjunto de prácticas sociales compartidas en una comunidad que se transmiten, en su mayoría, en el habla, las tradiciones orales, como lo hacemos ahora. Estos juegos lingüísticos casi siempre están regidos por reglas o cánones, pero no tanto como imposiciones, sino como algo imprevisible que está más bien ligado en la práctica cotidiana de este juego, un acto reflejo (cf. Wittgenstein, 1999, 6). Dentro de los mismos oficios y profesiones existen distinciones lingüísticas, precisamente, porque suponen juegos de lenguaje diferentes, aunque las dos sostengan el propósito por el cuidado y la ayuda, se les otorga diferentes significados.

Noe. – ¡Sí, pues no es lo mismo! No es lo mismo el diagnóstico de un fisioterapeuta que se basa en sus estudios científicos, que lo que yo encuentre sobando, que se basa solo en mi experiencia y en los saberes que heredé de mi madre. De la misma forma, tampoco siento que se considere igual la palabra “curar” para ambos, pues dentro de sus prácticas entenderán esto con un fin diferente. ¿Verdad?

Ela. – Mita, yo creo que ese es el punto. El médico occidental y el curandero tradicional ocupan juegos de lenguaje diferentes y, por lo tanto, ejercen formas de vida diferentes: entonces, la del médico no tiene por qué reclamarse como absoluta o primordial. Se les puede llamar a las dos formas “sanar” y a quien la aplica “sanadores o sanadoras”, pero puede que “curar” sea, en este sentido, muy relativo.

Entonces, pienso que escoger entre un curandero y un médico es una decisión que está limitada a convenciones sociales y lingüísticas o discursivas que producen generalidades y juicios sobre “a cuál es mejor acudir”. Por estas convenciones se hace cada vez más evidente el problema de jerarquías.

Noe. – Hay un jurgo de estigmas, muchos relacionan la palabra ‘sobandera’ con ‘charlatán’, alguien no capacitada por el hecho de que se ha formado por fuera de las instituciones que pretenden autovalidarse como las únicas apropiadas para regir el cuidado de los demás. Avemaría, ni que yo no supiera lo que hago, yo también sé.

Ela. – Lo mismo sucede con palabras como saber y conocimiento. El “saber”, tradicional, local y ancestral, será diferente de lo que para un médico es el “conocimiento” científico, centralizado e institucionalizado. Boaventura de Sousa Santos me recuerda estas distinciones que tú me dices. Estas distinciones implican fuerzas de poder, donde las epistemologías dominantes, basadas en un principio universal de conocimiento, en un ejercicio de colonización, deslegitimizan a los saberes localizados y conversados. Dicho lo anterior, De Sousa Santos ve la necesidad de distanciarse de la tradición crítica eurocéntrica para descolonizar el saber. Decía:

Su visibilidad se erige sobre la invisibilidad de formas de conocimiento que no pueden ser adaptadas a ninguna de esas formas de conocimiento. Me refiero a conocimientos populares, laicos, plebeyos, campesinos o indígenas al otro lado de la línea. ¿Desaparecen como conocimientos relevantes o commensurables porque se encuentran más allá? de la verdad y de la falsedad. Es inimaginable aplicarles no sólo la distinción científica verdadero/falso, sino también las verdades científicas inaveriguables de la filosofía y la teología que constituyen todos los conocimientos aceptables en este lado de la línea. Al otro lado de la línea no hay un conocimiento real; hay creencias, opiniones, magia, idolatría, comprensiones intuitivas o subjetivas, las cuales, en la mayoría de los casos, podrían convertirse en objetos o materias primas para las investigaciones científicas.
(De Sousa Santos, 2010 13-14)

Noe. – Por eso siempre corremos el peligro de ser olvidadas.

Ela. – El enfrentamiento entre estas formas de conocimiento puede llevar a la pérdida y liquidación de los saberes propios de un pueblo, al olvido como tú lo dices, que más tarde De Sousa Santos lo llamará “Epistemicidio”¹⁵. La realidad impuesta por la razón hegemónica que ha llevado la batuta y ritmo a su gusto durante la historia contada por una perspectiva plenamente privilegiada. Por esto, él ve necesario el alejamiento de estas imposiciones hegemónicas y la aproximación hacia las versiones subalternas, silenciadas, marginalizadas, a través del acercamiento a lo que llamará “Epistemologías del sur”:

15 El epistemicidio, para Sousa Santos, vendría siendo la muerte de los saberes de un pueblo causados por el colonialismo europeo al que estarían sometidos: “La identificación de las condiciones epistemológicas permite mostrar la vastísima destrucción de saberes propios de un pueblo causada por el colonialismo europeo – lo que llamo epistemicidio–” (Sousa Santos, 2010, 9).

La sociología de las ausencias se trata de transformar objetos imposibles en objetos posibles, objetos ausentes en objetos presentes. Formas de no existencia producidas o legitimadas por la razón eurocéntrica dominante: lo ignorante, lo residual, lo inferior, lo local o particular, lo improductivo; con respecto a las realidades importantes: científicas, avanzadas, superiores, globales o productivas. (De Sousa Santos, 2010, 20)

Noe. – ¡Ay querida! De alguna manera siempre hemos “sabido”. De alguna manera las culturas y sus tradiciones, junto a la conexión con el mundo natural, las hierbas y sus plantas, siempre han sabido cómo curarse; desde allí, desde donde habitamos, desde nuestros cuerpos y la tierra. Siempre he creído que todas esas nuevas tecnologías han aumentado la expectativa de vida en estos tiempos. Y si es así, ¿a costa de qué? ¿En qué condiciones? ¿Con qué contenido o sentido? Siento que la medicina nos ayuda a prolongar la vida, pero de una manera muy artificial. No sé, quizás curarse con plantas tenga más sentido en esa instancia que usar fármacos para mí.

Ela. – A todas estas, hablando de saberes de hierbas, veo que tienes muchas plantas nuevas en la casa. ¿Qué es todo eso?

Noe. – Pues imagínate. Ayer que fui a la plaza con tu tía Martha, me encontré con una amiga que tenía un puestico de plantulitas¹⁶ y me regaló mucho toronjil, y han crecido que dan miedo. Esas hojitas en la agüita que te estás tomando son de esa plantica.

El toronjil me ha seguido toda la vida, me ha ayudado mucho últimamente. Tiene muchos nombres, pero yo le llamo la plática pa las penas. Tiene varios usos. Cuando la hago como infusión funciona para apaciguar los estados de ánimo alterados, ayuda a las tristezas, para los nervios y el insomnio. También aplicadas en la piel, maceradas con un poquito de aceite de oliva me ayudan con las cicatrices e irritaciones en la piel.

16 Plantulitas, o plántulas: es un término para nombrar a las primeras etapas de desarrollo de la planta, desde que germina la semilla hasta que adquiere sus primeras hojas verdaderas.









2.2. La casa de La ronca, territorio de la mujer mágica.

Después de terminar mi agüita para las penas, recordé el lugar en el que estaba parada: el lugar del oficio. Aquí era donde todo sucedía, donde aquella mágica escena que vi desde pequeña ha configurado durante más de cincuenta años el territorio íntimo de una mujer mágica. “La casa de la ronca”, así le solían llamar los vecinos y los dolidos que llegaban de voz a voz. “¿Esta es la casa de La ronca?” Recuerdo la primera vez que escuché esa pregunta al abrir la puerta, al poco tiempo me di cuenta de que se referían a mi abuela; se ganó ese apodo por esa voz fuerte y tosca que había ganado gracias al tabaco que fumó durante toda su vida. La casa de La ronca quedaba en el barrio Manrique Oriental, en Medellín, donde se albergan muchos recuerdos en cada rincón que habité. El solar: mi lugar favorito, poblado de plantas donde el sol caía sobre esas baldosas viejas de color carmín. El cucurucho: un segundo nivel que uno de mis tíos construyó, recuerdo que era un lugar oscuro donde mi abuela guardaba los regueros y frascos donde guardaba muchas de sus plantas maceradas. Y, por último, la sala: al entrar a este lugar lo primero es el olor, el perfume de las hojas de toronjil mezclado con el olor que emana el Vacol¹⁷ o popularmente llamada “crema de viejito. donde se escuchaban los quejidos y alaridos de las personas que mi abuela sobaba, el sofá y otros muebles que conformaban este espacio se habían convertido en el lugar de su oficio. Durante todos estos años mi abuela fácilmente sobó a todo un barrio, algunos perros y gatos, y asistió de vez en cuando en algunos partos. Ese mismo día me llevó a su lugar de oficio:

¹⁷ Vacol: Es unapomada antiinflamatoria que se usaba para animales originalmente. Uno de los tantos ungüentos que la Mita usaba.

Noe. – ¿Ya te bogaste¹⁸ la agüita? Vamos a la sala y nos sentamos un ratico.

Ela. – Vamos pues. El año pasado me dijiste algo que me quedó muy grabado. Me dijiste que la sala era tu lugar de trabajo desde siempre. ¿Nunca ha sido diferente?

Noe. – No, querida, la misma pintura que ves, siempre ha sido. Vos no creas, a mí sí me han dicho “vista¹⁹ la salita para atender mejor a las personas”, “una camillita por lo menos para la sobadita”, es lo que suelo escuchar de tus tías. Pero vos creés, la gente sí es charra, no entendiendo.

No es lo que me enseñaron y me haría estar por encima de la persona con la que me gusta hablar, tomarme un tintico, que me cuente chisme, que me diga qué siente, a qué le teme, por qué duele, me gusta saber mucho de las personas que sobo, porque no solo son un cuerpo, hay un ser adentro que también necesita que lo escuchen y lo curen. Qué pereza una persona acostada ahí que ni mu²⁰. No va a ser lo mismo desde un frío consultorio que desde una cálida casa para sobar. Yo me imagino que sí habrá sobanderas que tengan algo diferente en sus espacios. Cada sobandera es un mundo: de mañas, de maneras, de movimiento. Yo en mi silla me quedo y no la cambio por nada.

Ela. – Ya hasta te confundes con la silla, siento que son una. A veces creo que hay algo de nosotros dentro de los objetos que nos pertenecen. Debo confesarte que es casi imposible no recordarte al ver una silla isabelina. Donde quiera que esté siento que es el trono de una matrona.

Noe. – Cada cosa aquí tiene su porqué.

Ela. – Mita, cada objeto en esta sala es como una superficie viva y aún más al entrar en contacto con el cuerpo. Albergamos en ellos memoria que como piel se inscribe con el tiempo. Siempre nos sentiremos constituidos a través de las cosas, impregnados de ellas cada segundo. Así vivimos inmersos en un mundo de objetos, objetos simbólicos, objetos de culto, objetos de deseo, en este caso los objetos de tu oficio. Nos sentimos identificados con ellos, los que se heredan, los que se atesoran, los que se coleccionan, los que se olvidan y los que se pierden.

18 Bogar: beber algo de una, sin respirar.

19 Vista: hace referencia a poner un lugar bonito o ponerlo adecuado para algún evento.

20 Ni mu: hace referencia a algo que no produce sonido o no habla.



Noe. – Vos lo primero que te encontrás es la ventana, es como mi recibidor. Por ahí me preguntan “¿está La ronca?” Y pues, generalmente casi siempre estoy. Luego está el par de sillas isabelinas, una es mía y la otra era del papito Ricardo²¹, que en paz descanse. Esa silla me la han querido cambiar, ¿pero vos creés? Esa es la única silla en la que me siento cómoda. Luego está la famosa butaquita que ahí se sientan los comensales a los que voy a sobar. Ya, por último, está el neceser, esa mesita que es donde guardo los reblujos²², uno que otro ungüento o aceites a base de plantas. Eso es todo lo que necesito para este lugar.

Ela. – Hace poco me encontré con un libro en referencia a esos objetos que hacen parte de un lugar y que le conceden nuevos sentidos. Jean Baudrillard es el autor, un filósofo y sociólogo francés. En su libro *El sistema de los Objetos* (1968) dice algo como:

Reconozcamos que nuestros objetos cotidianos son, en efecto, los objetos de una pasión, la de la propiedad privada, en la que la inversión afectiva no cede en nada a las demás pasiones humanas, una pasión cotidiana que a menudo se impone a todas las demás, que a veces reina sola en ausencia de las demás. (Baudrillard, Jean. 1968, 97)

De esta manera, brindamos a estos objetos cotidianos un nuevo valor para renunciar a su función de origen, la utilitaria, para que cobren sentido entre nosotros. Ya la silla no es solo un lugar donde te sientas, es el lugar donde desarrollas tus maniobras y tus saberes.

Así, este territorio y sus objetos se convierten en una especie de coordenada, donde se unen todas las fuerzas de las que hemos conversado: la territorialización de la mujer mágica, el espacio donde resiste un saber que ha estado bajo la hegemonía del conocimiento, el espacio de diálogo y la herencia entre una abuela y su nieta, el lugar donde se desprende todo este saber sobre el cuidado del cuerpo y las mismas fuerzas de un cuerpo que aplica el oficio de la sobandería. Redescubrir este espacio me hizo darme cuenta de que somos cuerpos que ocupamos lugares, que es espacio y sus objetos nos configuran tanto como nosotros a él. Es como un juego. Sin cuerpo no hay cómo dotar los espacios, por esto nunca serán estancias vacías, sino, por el contrario, lugares colmados de sentidos mientras se haya transitado por ellos.

Noe. – Bueno querida, alguien está por venir. Voy a ir alistando todas las cositas para cuando llegue el señor. Y ahí te puedo ir enseñando de a poquitos.

21 Ricardo era el abuelo que nunca conocí, el padre de mi madre. Murió joven, de unos 63 años. Desde ahí, mi abuela ha tenido que verse por ella misma paracriar a doce hijos con la pensión que recibía del abuelo y lo que le había dado la sobandería por un tiempo.

22 Reblujo: montón de trebejos, cosas viejas.

2.3. Primera lección: “Encuentre la seña”

Noe. – Oíste, pasame ese tarrito que está encima del comedor.

Ela – ¿Qué es ese tarrito verde?



Noe – Es Vacol, el ungüento con el que sobo últimamente.

Ela – ¿Y siempre has usado ese tipo de ungüento?



Noe – No siempre, hija. Lo uso para inflamaciones y dolores musculares, cuando son casos más especiales. A veces hago mis propios aceites. Esa pomadita es lo más básico en cuanto a dolencias superficiales. Cuando se requiere algo más ahí si toca usar todos los poderes de las plantas.

Ela. – Bueno, antes de que llegue el señor que vas a sobar me gustaría saber: ¿qué es lo primero que haces?

Noe. – Lo primero es calentarme un poco las manos, las froto por bastante tiempo para quitarme también mis propias cargas, las lavo con agua caliente para prepararlas porque el mentol del Vicol suele ser muy caliente y puedo dañarme mucho las manos si entran en contacto con temperaturas muy frías. Mientras que hago esto, me gusta hablar con la persona, saber qué produjo el dolor o la incomodidad, si ya se ha hecho algo, qué tanto dolor siente, si tiene más síntomas aparte del dolor en el cuerpo.

Yá con este jurgo de información que la persona me dé, me voy dando una idea de lo que puede tener. Luego paso a mirar y a localizar la Señá. Pílas pues que la seña es lo más importante aquí: son esos puntos frágiles del cuerpo donde se coló el mal, de donde se desprende el dolor. En este paso, querida, lo que se pretende es percibir primero con todos los sentidos posibles qué es lo que pasa en la piel antes que el tacto.

Ela. – Eso me recordó... Hay un ensayo muy conveniente que se llama *Cinco sentidos: ciencia y poesía del cuerpo* (2003). Michael Serres en él suscita esa misma idea de llegar al conocimiento mediante los sentidos. Y dice:

La piel es el depósito de los recuerdos, almacén de nuestras experiencias impresas en este banco, de nuestras impresiones geodésicas, de nuestras fragilidades. No busquemos ni lejos ni dentro de la memoria: la piel se graba igual que la superficie del cerebro, también escrita, quizá de la misma manera (Serres, 2003:95)

Serres aquí nos invita a reactivar esos sentidos que tenemos dormidos y emprender esa búsqueda por la seña en nuestras superficies, en las capas que envuelven al cuerpo: la extensa piel.

Noe. – Sí, precisamente la piel logra capturar muchas memorias. Pues es una superficie porosa. Vos en ese primer paso debes de ir tocando con los ojos. Antes que comenzar a palpar es importante percibir: encontrarse con las formas, simetrías, texturas, colores es lo que nos va

a ayudar a ir descartando lo que pueda llegar a tener la persona. Que luego nos confirmarán las manos.

Ela. – No lo había visto así, es increíble cómo la sobandería logra desarrollar ese tocar desde los ojos. Alguien alguna vez lo llamó percepción háptica.

Noe. – ¿Y eso cómo se come?

Ela. – El ojo recrea una memoria de todo aquello que ha tocado, y pasa a tocar tanto como el tacto, a ver. La visión háptica se refiere al juego de esos dos sentidos, Mita: el tacto desde tus manos y la visión de tus ojos. Es algo así como una nueva posibilidad de percibir las cosas, distinta a lo que yo creía que era la sobandería, algo meramente manual. Es algo que se va descubriendo: como decía Serres, son sentidos dormidos que podríamos usar de muchas formas e irlos entrenando para nuestro beneficio.

Yá recordé, Gilles Deleuze fue quien habló de esta experiencia sensorial distinta a la visión óptica. Me parece algo hermoso, y extraño a la vez, ver cómo el oficio de la sobandería puede encontrar esos puntos de interacción con otros oficios, como el dibujo o la pintura. Mita, generalmente cuando yo pinto suelo traer a la imagen la mayor cantidad de información táctil, es una forma de representar lo que ya se ha tocado a través de la mirada. A Deleuze lo leí en una clase de arte y decía:

La propia vista descubre en sí una función de tacto que le es propia, que no le pertenece más que a ella, distinta de su función óptica. Se diría entonces que el pintor pinta con sus ojos, pero solamente en tanto que toca con los ojos (Deleuze, 2005, 158).

Esta experiencia háptica implica todo un juego de mirada, de sensibilidad y acercamiento con lo que se mira, donde el ojo se queda explorando las superficies porosas, estriadas, hendidas, aquellos eventos que emergen en la superficie del plano. De alguna forma, lo que haces en ese primer momento al buscar una seña es una manera más cercana de mirar, ya que tienes que moverte, acercarte ante la superficie. Al reducir esta distancia con las personas que sobas se crea un contacto sensible y corporal. Como si los ojos fueran los órganos táctiles.

Noe. – Sí, querida. Se trata de palpar con la mirada desde el primer momento.

Ela. – Y luego de encontrar esta seña, ¿qué haces?

Noe. – Ya cuando vos tengas la seña ubicada, comienzas a rozar con los pulgares suave para confirmar esta información previa que sentiste con los ojos. Los objetivos pueden ser varios, retirar los nervios, acomodar un órgano en su lugar, desanudar un flemón²³, acomodar un hueso, cerrar una coyuntura, aliviar una torcedura. También hay que tener en cuenta otro tipo de dolencias porque a veces son más espirituales, las manifestaciones como el frío, el velo y el descuaje²⁴ también requieren de movimientos específicos. Mija, las maniobras que vos vayas a aplicar dependen de la afección, de lo que se tenga dentro del cuerpo.

Por ejemplo, en el caso de un flemón o una torcedura, aplicas la misma técnica. Primero te pones un poco de Vacol sobre las manos y vas a comenzar ejerciendo pequeñas presiones en la seña para tantear el dolor, todo esto con los pulgares, los demás dedos se usan para manipular partes del cuerpo que requieran sujetar algo con mayor estabilidad o para recorrer las comisuras. Ya que tengas muy claro, empiezas a masajear con mucha fuerza en movimientos circulares con los pulgares para desenredar todas las cuerdas²⁵.

Ela. – ¿Las cuerdas?

Noe. – Vení, prestame tu mano para que te pueda explicar más fácil. Bueno pues, aquí en la muñeca hay como cuerdas verticales, ¿cierto? ¿Si las sentís?

Ela. – Sí, creo que sí.

Noe. – Bueno pues... esas cuerdas hay que ordenarlas para que la sangre circule o para poner algo en su sitio, muchas veces el cuerpo se descuaja y hay que reacomodarlo. De a pocos se va haciendo más durito con movimientos hacia el lugar donde pertenece, todo esto con la fuerza de los pulgares. Lo hacés hasta que sintás que está en su lugar o que la inflamación bajó. Igual, siempre con la primera sobada no quedás perfecto. A veces se está tan descompuesto que hay que hacer más sesiones para componerlo.

Ela. – ¿Componer?

23 Mi abuela consideraba que el flemón era la inflamación del nervio que se hacía un nudo.

24 El frío, el velo y el descuaje son patologías culturales, males espirituales que acechan el cuerpo y se concentran dentro de este, según mi abuela.

25 Cuando mi abuela hacía referencias sobre las partes del cuerpo, me hablaba de las cuerdas. Al principio me costó entender, pero luego comprendí que se trataba de los nervios.

Noe. – ¡Cuerpo compuesto, cuerpo curado! Componer a alguien es: completar, arreglar, acomodar, sanar. Y el cuerpo descompuesto pues ya vendría siendo todo lo opuesto: incompleto, desarmado, herido. El cuerpo es bien misterioso funciona como un depósito, va guardando y acumulando con los años de todo: recuerdos, traumas, lesiones, cicatrices, saberes y muchas otras cosas que se van grabando. Es como una esponja, tiene una superficie porosa, al mismo tiempo que puede nutrirse con lo que llegue, puede caerle mal y pasado hasta el punto de dañarlo. También es vulnerable, susceptible y frágil no es inmune a los males. El cuerpo necesita que las cosas estén en su posición con respecto a las coordenadas precisas, deben mantenerse estas posiciones originales para preservar un buen estado de salud. Cuando se desordenan hay que componer para curar.

Bueno, querida, ya llegó el comensal.

Ela. – ¿Puedo quedarme a ver?

Noe. – Oíste, voy a preguntar, pero yo creo que sí.

III. SOBERIANÍAS DEL CUERPO

3.1. Cuerpo compuesto

Ese septiembre fue la última vez que nos miramos, pero su voz sigue presente como un eco en las siguientes páginas. Primero, encontré en las palabras de mi abuela mis propias causas y la fuerza para continuar este camino. Luego recordé sus manos, las herramientas de su oficio donde radicaba su magia y poder sanador. Sigue siendo un misterio para mí el cauce de sus destrezas para rastrear en el amplio mapa del cuerpo descompuesto la forma de cuidar a los demás.

¿Qué era el cuerpo para la Mita? Al final fue sobre lo último de lo que hablamos, y quedarán para siempre grabadas estas palabras: “Cuerpo compuesto, cuerpo curado”. La visión de mi abuela sobre el cuerpo era algo poético. Ella entendía que el cuerpo era superficie porosa, que estaba constantemente expuesta a interpretar males, enfermedades y energías. Como un almacén que va guardando información en la extensión de su membrana. Al mismo tiempo, lo entendía como una estructura compuesta en la que cada parte tiene un papel y un lugar que debe mantenerse; de este modo estará sano. De lo contrario, será necesario sobar y componer, en la necesidad de posicionamiento y alineación, las partes con respecto a sus coordenadas. Este posicionamiento también indicaba “poner en orden” hasta el ámbito más espiritual.

Partiendo de la cosmovisión de mi abuela, empiezo desde mi papel como heredera una búsqueda por rehabilitar su oficio y encuentro que no solo podría hacerlo desde el reconocimiento de las luchas pasadas de los oficios tradicionales femeninos. También, podría encaminar estos saberes hacia la construcción y la soberanía de mi propio cuerpo para hacerle frente de una buena vez a mi condición de (des)herencia. Sabía que el desarrollo de esta idea del cuerpo y del autocuidado no podía hacerlo sola; necesitaba voces aliadas, voces femeninas que me permitieran no solo reconectarme con los vínculos de mis antepasadas, sino también, con las mujeres que me rodean.

Es así como en la intimidad de mi casa las cité para comenzar este nuevo capítulo. Primero, María Camila Espindola, una mujer con la que me he conectado de una manera increíble desde el día uno de nuestra amistad. Siempre he admirado su pasión por las plantas y sus consejos de abuela me han salvado de más de una. Cuando se trata de consejos de la vida, ella siempre me ha defendido y cuidado. También invité a María Cuervo, una mujer que conozco hace muy poco pero que siento que estamos en sintonías parecidas. De Cuervo, sus búsquedas personales y artísticas siempre serán una inspiración constante y un enorme estímulo creativo. Hablamos un buen rato sobre todos los saberes de mi abuela y lo que ella entendía por cuerpo, entre otras cosas. Así que abrí el tema:

Ela. – No saben lo importante que es para mí que estén aquí. Compartir un poco con ustedes de los saberes que mi abuela pudo heredarme hace que esto tenga más sentido. Toda esta visión del cuerpo que tenía la Mita me traspasó a tal nivel que llevo unos meses de reconocer muchas maneras de adentrarme en mí misma, pero obvié una pregunta muy importante. ¿Para mí qué es el cuerpo? Y comprendí que hasta que no lo defina no podré hacerme cargo de él. ¿Qué es para ustedes el cuerpo?

Camila. – Bueno, es una pregunta que abarca tantas cosas, Ela. . . Desde lo que estoy viviendo ahora, yo lo veo como un territorio personal, sagrado, un lugar de tránsito, que me gusta recorrer, entender y habitar.

Cuervo. – Puede ser territorio, pero también lo he pensado como un agente que transita y con quien puedo tener un diálogo, que podría ser constante, pero a veces cuesta mucho escucharlo, vivimos en medio del ruido. El cuerpo me cuida y yo lo cuido. iiiAdemás de que ahí está todo el conocimiento que necesito!!! Es el vehículo que me lleva a conocer y explorar, me comunica con los que me enseñan. ¿Tú cómo lo ves?

Ela. – Pues. . . mi noción de cuerpo ha cambiado mucho en este último año, más con lo de mi abuela. Es tanto territorio que quiere ser explorado como agente en tránsito que explora. Ahora lo veo como un espacio, una habitación que voy construyendo por partes. Un lugar en el que se aprende a habitar. Un lugar que necesita ser escuchado y explorado. Se explora como un mapa que tiene coordenadas que fijan miles de recorridos. Por esto siempre está en movimiento. No sé si hayan leído algo de Guattari o de Deleuze; ambos tienen nociones sobre el cuerpo como mapa, espacio atravesado por unos límites, por los acontecimientos que en él acacen, que dejan marcas. El cuerpo es un espacio hecho de partes: “Si es preciso, tomaré mi territorio en mi propio cuerpo, territorializo mi cuerpo: la casa de la tortuga, la concha del crustáceo. Pero también todos los tatuajes que convierten el cuerpo en un territorio.” (Deleuze, Guattari, 2010: 326).

Me parece que la idea de un cuerpo como cartografía nos invita a habitarlo, a encontrar sus accesos y reconocer los límites que nos hemos impuesto y nos han impuesto. La pregunta por los límites y censos de nuestro cuerpo, la soberanía misma de éste comienza nada más y nada menos que desde su reconocimiento. La experimentación consciente es esencial en la búsqueda del bienestar personal si se quiere llamar “autocuidado” colectivo.

3.2 El cuidado de sí

Ela. – ¿Quieren algo de tomar?

Cuervo. – ¿Tienes café? Preparemos un poquito.

Ela. – Listo. ¿En qué me quedé?

Camila. – Hablabas sobre las primeras formas de autocuidado, de cómo la soberanía del cuerpo comienza con el autocuidado.

Ela. – Sí, yo creo que el cuidado de sí es muy valioso y poderoso en ese sentido. Hay que reconocer nuestros ciclos, conectar experiencias, rescatar los conocimientos tradicionales con la práctica del autocuidado. Yo no voy a saber cómo protegerme si no lo entiendo y recorro sus bordes. También en esa pregunta por reconocermé me doy cuenta que solo si yo cuido a otro encuentro la razón por la cual debo cuidarme. Cuidar a otro, como una mamá cuida su hijo, o como una pareja cuida a su pareja, o como un activista cuida su causa, o cuando cuido de mis plantas. En principio, lo común es el cuidado. ¿Tú, Cami, cómo aplicas el cuidado en ti o en los otros? Me parece una pregunta muy importante.

Camila. – Pues en mi caso procuro hacerlo de diversas maneras. El cuerpo físico lo cuido siendo consiente de los alimentos que consumo, llevando una dieta casi vegetariana, preparando a diario batidos de verduras y/o frutas, nunca pueden faltar las infusiones de plantas aromáticas medicinales, en especial cuando padezco de cólicos menstruales, virus gripales o baja de defensas. Hago tratamientos a mi piel y cabello con preparaciones hechas a partir de ingredientes naturales que tengo en casa. También me ejercito montando a diario bicicleta y, cuando puedo, salgo de la ciudad a entrenar ciclismo de montaña o voy de caminata a conectarme con espacios naturales. Cuando puedo, procuro practicar yoga y meditar. En este sentido, el movimiento del cuerpo para mí es algo vital.

Cuervo. – Yo sí me lo he tomado muy despacio, cada día estoy aprendiendo. Pensándome primero para luego poder entender el porqué y el cómo de las prácticas de cuidado. De hecho, les voy a contar algo que pasó una vez viajando, tratando de perderme. Una abuela maloquera cerca de Leticia me dijo regañándome: “¡iiiPrimero curar el cuerpo para luego curar el mundo!!!”. Prácticamente le faltó jalarme de las mechas, luego le pregunté cómo podía hacerlo, que no sabía cómo, y esta mujer se agarra y golpea fuerte cada una de sus extremidades y dice “¡iiiPues acá, acá, acá y ACÁ!!!”. Me quedó claro.

Ela. – ¡Qué fuerte encuentro, mujer! Pero es verdad, desde el principio las culturas milenarias han sabido cómo curarse, a veces siento que hay que dar una mirada a ese pasado, no por nostalgia, sino para reivindicar esos saberes tan poderosos. Eso me recordó otra vez a Félix Guattari. Cuando habla de la soberanía dice algo como:

La soberanía del cuerpo comienza en la búsqueda del bienestar personal, en reconocernos a nosotros mismos, conectar con nuestras experiencias, de rescatar los conocimientos tradicionales gracias a las prácticas para construir caminos de autocuidado. En este sentido, la medicina tradicional es la forma de sanarnos y empoderarnos (Guattari 2006, 60).

También es importante darse cuenta de que el cuerpo está en movimiento y estará sometido ante muchas fuerzas donde albergan pulsaciones. Por esto siempre será dinámico en cuanto a los vínculos que genere con el mundo que lo rodea. El cuerpo se transforma. En ese sentido, Deleuze abre la pregunta sobre qué es un cuerpo. Y dice:

¿Qué es el cuerpo? solemos definirlo diciendo que es un campo de fuerzas, un medio nutritivo disputado por una pluralidad de fuerzas. Porque, de hecho, no hay “medio”, no hay campo de fuerzas o de batalla. No hay cantidad de realidad, cualquier realidad ya es cantidad de fuerza. Únicamente cantidades de fuerza, “en relación de tensión” unas con otras. Cualquier fuerza se halla en relación con otras, para obedecer o para mandar. Lo que define a un cuerpo es esta relación entre fuerzas dominantes y fuerzas dominadas. Cualquier relación de fuerzas constituye un cuerpo: químico, biológico, social, político. Dos fuerzas cualesquiera, desiguales, constituyen un cuerpo a partir del momento en que entran en relación: por eso el cuerpo es siempre fruto del azar (Deleuze. 1986: 60)

Cam. – Sí. todo es básicamente una práctica que se desarrolla a diario. En las tareas del cuidado y de la práctica de sí, se genera un modo de saber que fundamenta la producción de sentido. Digamos, para mí las plantas son vitales. Sí, inicialmente para sanarme y también he recomendado preparaciones a otros. El vínculo que inicié con las plantas hace unos años me ha permitido reconocerlas y abrir un portal lleno de sabiduría en el que nunca se termina de descubrir todas las bondades que tiene el mundo vegetal. Me enteré del uso de plantas

medicinales por medio de mis abuelas (materna y paterna) y desde ese entonces me interesé por ahondar en el tema. En esa búsqueda me he cruzado con más familiares, personas, libros, fanzines y páginas web en los que he encontrado valiosa información. Las plantas buscan a las personas, la primera planta que llegó a mí fue *taraxacum officinalis*, conocida como diente de león. Esta planta común, que crece sin ser cultivada en el asfalto o en el campo, hizo parte de mi tratamiento para sanar una infección que padecí en las vías urinarias. Mi abuela recolectó de su jardín hojas, flores y me envió con mi mamá una bolsa de papel con estos ejemplares, los cuales tomé en infusiones a diario por un par de semanas. En ese entonces sabía de la existencia de la planta, pero desconocía completamente sus propiedades medicinales. Una de sus cualidades principales es que es diurética, limpia los riñones y el hígado.

Cue. – Yo desde pequeña he tenido rosácea en mi cara, mi mamá sufre de dermatitis atópica, mi papá, hermanos, en fin... la piel nos ha afectado de cierta manera y niveles desde siempre. Recuerdo a mi mamá haciéndome curaciones con flores de caléndula y manzanilla en las noches cuando llegaba totalmente roja a la casa después del colegio. Actualmente el quehacer está en buscar sangrar o no hacerlo, el dolor y satisfacción que esto me genera. Las vaporizaciones vaginales y pensar en este momento son mis aliadas número uno, las plantas y sus combinaciones. La sustancia. Ha sido un proceso muy sentido, las intenciones se han puesto en práctica; es un hacer que, mientras se hace, se inventa. Me han enseñado desde muchos lados, diferentes territorios, voces, experiencias y, sobre todo, tiempos desde el pasado. Muchos mitos que tienen el poder de influir y transformar el presente. Me están enseñando a vivir bien y a cómo mantenerme, me están permitiendo que exista la vida. Me estoy aprendiendo a cuidar.

Ela. – Qué bonito ver que esas prácticas de abuela resisten. Y cómo las plantas comienzan a hilarse como herramientas de la sanación. Gracias por compartirme algo que siento tan íntimo. Para mí, el conectarse desde las vulnerabilidades hace que todo este ejercicio sea poderoso. No solo en el autoreconocimiento se trata de uno solo, sino también del encuentro entre cuerpos, de esas relaciones importantes, de esa energía que un cuerpo puede habitar en el otro o con el otro. Porque quizás el autocuidado empiece en el cuidado del otro, de la comunidad.

Para mi abuela, cuando un cuerpo estaba descompuesto era porque tenía un mal habitando dentro de él. Para aliviarlo, era necesario componerlo y esto se lograba organizándolo y reconstruyéndolo con sus manos. Igual siento que hay muchas formas, como escuchándolo atenta y abiertamente, que es lo que a mí me funciona. ¿Cómo reconstruirían ustedes su cuerpo?

Cam. – Yo, por medio de las sustancias. El cuerpo o, más bien, mi cuerpo, se hace si existe el contacto y mezcla adecuada entre cosas que son diferentes entre sí. Esos procesos son necesarios para la producción de la vida y la sociedad. Sustancias podrían ser, entonces, los alimentos, la sangre, las plantas, el miedo, el alma, la escucha, la memoria, en fin, una lista larguísima. No lo puedo reconstruir si no pienso en dónde está mi cuerpo. Se me hace urgente comenzar a pensar la tierra como sujeto activo donde convivimos diariamente con seres que escapan de la “lógica occidental”, tan abrumadora que es. Y desde ahí, deberíamos pensar nuestra corporalidad y género con cuidado.

Cue. – Pienso que el autoconocimiento y la conciencia de hábitos inconscientes que siempre se manifiestan en nuestro ser físico son importantísimos para curar un cuerpo descuidado. Tendría también que suscitar la muerte de algún modo, crear en la memoria de la persona que esté en ese cuerpo y que quisiera volverse a construir.

Ela. – Es muy valioso ver qué es lo que funciona para cada una. Para mí los saberes de mi abuela se han convertido en una fuerza liberadora de mi cuerpo, la apropiación de estos me ha ayudado en un ejercicio real de autoconocimiento y autocuidado. Gracias por estas cortas palabras, espero que en el camino que de aquí en adelante comencemos a trazar podamos reivindicar las luchas de todas.

En últimas, es importante devolver esos saberes que se han ido perdiendo, otorgar nuevas cartografías a espacios que necesitan ser vistos y que son fácilmente ignorados: espacios del cuerpo, espacios cotidianos. Se torna apremiante la reflexión constante sobre el estado actual de nuestra cultura y sus raíces, sobre el destino acaso incierto de nuestra desherencia. Así pues, mi propósito de rememorar y reivindicar dichas herencias no equivale a una afirmación ingenua y nostálgica del pasado, a un retorno irreflexivo sobre lo tradicional. Por lo contrario, reconozco nuestra situación actual de desherencia y estoy lejos de negarla. De modo que el echar la mirada hacia el pasado lo hago en virtud del diálogo que con él se puede entablar desde el presente. Por consiguiente, lo que podemos decir acerca de los saberes y formas de vivir de nuestras abuelas deberá resonar con nuestras actuales exigencias vitales y sociales. “Todo tiempo pasado fue mejor” es un adagio popular que aquí pierde sentido; se trata, más bien, de reconocer hasta qué punto el tiempo pasado puede nutrir y orientar nuestra experiencia presente del mundo.



EPÍLOGO

Nota al final del camino

Sin nada más por decir, en diciembre del 2018 falleció mi abuela. Se siente extraño, aún tengo reflejos de nuestras conversaciones y la siento muy presente en cada acción que desde aquí realizo. Para mí, este proceso significó toda una introspección, de cómo el oficio de mi abuela fue una vuelta a mi propio cuerpo. Las condiciones en las que escribí muchas veces fueron adversas y me pregunto si al terminar este párrafo sentiré que algo ha cambiado en mí, que ese cuerpo descompuesto que se sentía inseguro de sus palabras logró componerse gracias a los saberes de sus ancestras y al apoyo de sus voces amigas.

El primer cambio lo siento, sin duda, en el reconocimiento de un cuerpo que necesitaba ser cuidado, de un cuerpo vulnerable. Me di cuenta de que por más que no queramos, la vida tiene subes y bajas, que no hay nada que esté asegurado y nada que sea estable para siempre... Ni siquiera la propia salud mental, por mucho que trabajes en ella. Ahora practico a diario formas de autocuidado, sobre todo intento escuchar más a mí cuerpo. Es un proceso y sigo aprendiendo, preguntándome cada día qué será lo mejor para este.

El segundo cambio fue el traer a mis prácticas diarias los saberes ancestrales de mi abuela como fuerza liberadora mi cuerpo, la apropiación de estos, de un ejercicio real de autoconocimiento, de cuidados y de gestión emocional que han hecho que pueda componerme a mí misma. Siento profundamente que desde el cuerpo podemos tomar el poder, desde el disponer de sí. Por ahora, reclamar esa soberanía en el ejercicio del autocuidado y del cuidado de los demás es el primer paso.

Espero poder honrar los saberes que la Mita me legó. Espero siempre poder retornar a sus palabras y abrazarlas.

Bibliografía

- Benjamin, Walter. 1933. Experiencia y pobreza. Traducido por Jesús Aguirre Taurus, Madrid 1982.
- Taylor, Charles. 1994. La ética de la autenticidad: Tres formas de malestar. Barcelona. Ediciones Paidós Ibérica, S.A
- Ehrenreich, Barbara y English, Deirdre. 1973 Brujas, Parteras y Enfermeras: Una historia de sanadoras. The feminist press
- Federici, Silvia. 2004. Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación originaria. Traficantes de Sueños 2011.
- Wittgenstein, Ludwig. 1953. Investigaciones filosóficas. Mexico. Moro.
- Baudrillard, Jean. 1968. El sistema de los Objetos. Siglo xxi editores argentina, S.A.
- Serres, Michel. 2002. Cinco sentidos, ciencia, poesía y filosofía del cuerpo. México. Editorial Alfaguara.
- De Sousa Santos, Boaventura. 2010. Descolonizar el Saber, Reinventar el poder. Montevideo: Ediciones Trilce
- Guattari Felix y Rolnik Suely. 2006. Micropolíticas: Cartografías del deseo. Traficantes de sueños
- Deleuze, G. y Guattari F. (2010). *Rizoma*. Valencia: Pre-Textos.